

# ANDUITZ

*José Luis Moreiro*

Estaba harto. Nos limitábamos siempre a efectuar las mismas escaladas en repetidos lugares. Conocía demasiado las rocas de Santa Bárbara como para aprender algo nuevo.

Tal vez fuera la incredulidad de mis amigos lo que me impulsó a escalar el monolito de Anduitz. Eso en un principio, luego pienso que fue una cuestión de orgullo. Sólo Yulen se animó a acompañarme, aunque no es amante de este deporte. Según él, yo

estoy completamente loco, como todos los alpinistas.

La víspera de la ascensión me costó conciliar el sueño. Le daba vueltas a la cabeza sobre un problema: el aseguramiento. No sabía cómo autoasegurarme dado que la Vía del Desplome necesitaba al menos de cuatro a cinco largos de cuerda. Luego, debería recuperar la cuerda al final de cada largo.

—¿Quieres un cigarro? —me preguntó Yulen.

—No, gracias. ¿Dónde estamos?

—En *Alegria*, así que vete preparando para bajar.

Todo el trayecto lo había recorrido envuelto en mis propios pensamientos, casi siempre referidos a la ascensión. Yulen, al contrario, no dejó de vacilar con dos tías que estaban sentadas enfrente de nosotros.

Después de bajar del tren fuimos a comprar una barra de pan y tuvimos que correr para coger el autobús.

—Buf... dos a Amezketeta.

—Son cien pesetas.

Nada más bajar del bus, fuimos al refugio de Bishente.

—¿Qué tomas?

—Un cortado —dije.

Mientras se dirigía a la barra a pedir, quedé mirando las fotografías de la pared. Allí estaban inmortalizados muchos montañeros vascos conocidos y otros no tanto. En una de ellas distinguí a Txemi, gran amigo que fue mi instructor de montaña.

Después de apurar el café salimos del Albergue camino de Anduitz.

Me hacía gracia la manera que tenía Yulen de caminar en el monte. Parecía un turista inglés, con sus cortos pantalones y su gorrito, que contrastan con un enorme par de botas, por lo menos del cuarenta y cuatro.

—Ahora desvíate hacia la izquierda —le dije— señalándole un sendero lleno de piedra.

Al poco rato llegamos a Beatza, donde paramos unos minutos a beber y respirar.

—Dentro de veinte minutos estamos arriba —le dije totalmente convencido.

Conocía a la perfección el camino así como todo el valle que comienza en Igaratza. Es, como toda la Sierra de Aralar, precioso, con unos paisajes increíbles, que parece tentar al montañero a sumergirse en él. Pero, como todo lo hermoso en este mundo, también tiene sus peligros. La niebla, que aquí lo envuelve todo, con frecuencia hace imposible la menor visión. Yo mismo con Martín estuve en una ocasión caminando a ciegas entre Txindoki y Larraone durante tres o cuatro horas, hasta que se despejó de nuestro rededor.



*Cumbre del Monolito de Anduitz.*

—Bueno, venga, tío, ¡en pie!

Seguimos la ruta a buen paso, como hu- yendo de algo, y llegamos en un tiempo récord.

—¡Jodé, macho! Ni en moto nos pasan. Dame un trago de agua —me dijo.

—Toma, ¿qué, no te animas a venir conmigo?

—¿Quién, yo? ¡Tú no andas bien del coco, tío! ¡Y tú, si fuera legal, tampoco irías!

—Ya, pero yo soy un chungo. Bueno, te dejo.

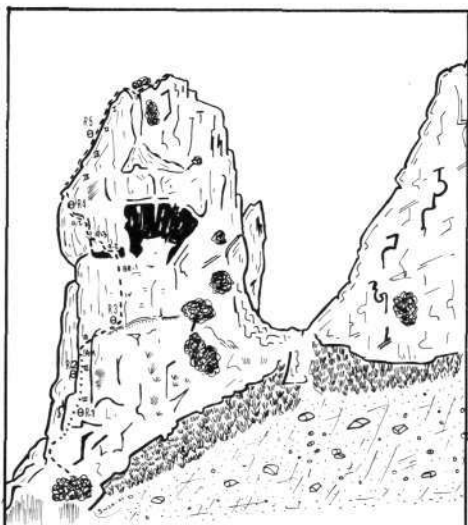
—Tú tranquilo, que yo te vigilo desde aquí con esto —dijo, sacando unos prismáticos de la mochila.

Saqué todo lo que no iba a necesitar en la ascensión y se lo dí a Yulen.

Cuando caminaba, vi subir a dos conocidos: Germán y Antxon. Les saludé con la mano y seguí mi camino. Al cabo de diez minutos estaba en la horquilla Este, comenzando a destrepar hasta el pie de la Vía del Desplome. Me descolgué la mochila de la espalda y saqué el material necesario para el primer largo. La vía requiere doble cuerda, así como gran número de mosquetones. Saqué las cosas, aunque sólo tenía una cuerda, *boudrier*, casco, estribos y *enganché* los jumars a la mochila. A última hora decidí utilizar los pies de gato en vez de botas.

Estaba preparado. Comencé a subir por una chimenea, facilona al principio, sin asegurar, y utilizando los estribos para la salida que se complicaba bastante, por no haber fisuras suficientes. Enganchándolos en una grieta salí sin complicaciones. Desenrollé la cuerda y me deslicé unos cuantos metros, ayudado sólo con un pie, a la derecha, hasta una terraza en la cara Sur. Me sentía fuerte, confiado en mí mismo en esos primeros metros. A continuación, después de descansar un breve momento, decidí colocar una clavija, a un metro de la repisa, y así asegurarme, mediante un seguro dinámico, dándome cuerda yo mismo.

Empecé a subir, por una placa vertical de IVº grado, que acababa bajo un gran desplome, justo en la mitad del recorrido.



Anduiz: Vía del Desplome

Salvé la placa, realizando un gran esfuerzo y sin posibilidad de recuperar el aliento, dada mi posición. Miré por encima de la cabeza: a poca distancia había un pitón de anilla, fijo en la pared. Elevé la pierna derecha cuanto pude, y apoyando todo el cuerpo en ella—alcancé a meter el estribo en la argolla. No daba muchas garantías de ser fiable, pero no tenía otra alternativa. Saqué una clavija del cinto, para introducirla arriba y seguir la subida. De esa manera, aunque despacio, iba avanzando hacia la cumbre. Atrás dejé dos difíciles pasos de A-1 y A-2, en artificial. Cuando llegué a estar colgado completamente en el vacío, en un A-3, las cosas se complicaron. Me quedaban pocos metros para salir del extraplomo. La cuerda se quedó corta, y tuve que soltarla un momento para fijarla más arriba. Tras efectuar esta tarea, continué avanzando. Saqué de nuevo un pitón, adecuado a la fisura que había elegido. Golpeé con el martillo, suave al principio, para dar golpes más duros después. En uno de esos martillazos, el mango se escapó de mis manos, e hice un brusco movimiento hacia atrás, saliéndose los estribos disparados de mis pies. A continuación, noté cómo se desprendía el último pitón de la pared, y quedé suspendido en el vacío con una mano agarrada en el estribo. No sé cómo pude sujetarme a él, pero ahí estaba, en una situación crítica.

El punto de asegurar más próximo, estaba a tres o cuatro metros, y no aguantaría el vuelo. Permanecí bastante tiempo así, hasta que se agotaron mis fuerzas. No podía gritar, el miedo tenía paralizados mis sentidos y la angustia que sentía era horrible.

Sufría continuos calambres en las manos y un sudor frío empezó a recorrer mi cuerpo. El dolor de los dedos era intenso y muy fuerte. Aguantar era lo único que importaba, me lo repetía a mí mismo una y otra vez. Cada segundo que pasaba notaba cómo se soltaban los dedos, ensangrentados del esfuerzo, cómo se rompían al contacto del peldaño. Al cabo de un rato, no pude más, y se soltaron los brazos, reventados.

A partir de ese instante todo es confusión. Caí desde treinta y cinco metros. Como había supuesto, la cuerda no resistió el tirón, pero amortiguó un poco la caída. Sentí un violento encuentro con el suelo.

\* \* \*

En ese instante, ocurrió algo increíble, que no puedo explicar claramente. Vi correr a Yulen desde la borda con otro individuo hasta el monolito y vi mi propio cuerpo, tendido en el suelo cubierto de sangre, que también debería de ser mía. Experimentaba al mismo tiempo una sensación de felicidad y angustia enormes.

No sé cómo me elevaba en el espacio, y hasta llegué a ver claramente por dónde había intentado la ascensión. Seguía elevándome continuamente.

Tuve bien clara la visión de toda la zona septentrional de Aralar. Justo debajo estaba el valle de minas, delante Larraone y luego Txindoki, Auza, Gaztelu, Amundarrain con los pueblos y barrios de Larraitz, Zaldibia, Amezketa, Albazisketa. Al Sur, Ganbo, Ganbo Txiki, Pardarri, Salin, Pardedlutz, Errenaga... Al elevarme, la visión se hacía más amplia, llegando a vislumbrar el mar, toda la sierra de Aizgorri, Pirineos, el Duranguesado, bardenas y creí reconocer los Alpes.

El mundo se hacía pequeño, se alejaba de mí, era espectador de honor del universo, para quedarme ciego después.

\* \* \*

Cuando desperté y abrí los ojos, sentí fuertes dolores en la cabeza, y sobre todo en la espalda, en las piernas, en los brazos...

Me encontraba en una habitación del hospital. Tardé mucho tiempo en recordar lo que había ocurrido. En la caída sufrí traumatismo craneal y múltiples fracturas de huesos. Estuve dos días sin sentido, a punto de morir; tras mes y medio que llevo en el hospital, la recuperación va por buen camino.

Yulen me explicó cómo he ido a parar aquí: gracias a una helicóptero de Protección Civil. Juan, que se quedó hablando con él, fue todo lo rápido que pudo a telefonar desde Amezketa a Donosti y vinieron a buscarme.

Dentro de un rato, vendrán a verme los amigos. Me encuentro cansado y prefiero dormir.

—Pss, oye, ¿estás dormido?

—Mmm. Hola, chicos, ¿qué tal?

—Ya ves. Venimos a hacerte compañía —me dice Martín—, ¿qué tal estás hoy?

—Bien, hasta las narices de este lugar, pero bien.

—Tranquilo, que te falta poco ya. Dentro de una semana, fuera.

—A ver si es verdad. Lo primero que voy a hacer cuando salga es terminar la vía de una puñetera vez —les digo bromeando.

—No te lo crees ni tú —dice ahora Maisa—. Hasta dentro de cinco años no subes solo ni la escalera de casa.

—Oye, ¿por qué no escribes a Pyrenaica un artículo sobre tu accidente? Hay un concurso literario.

—No tengo ganas de escribir nada.

—Bueno —insiste Yulen— te dejo el periódico de ayer, donde vienen las bases, papel y un bolí, por si te animas.

—No seas pelma, no voy a escribir, te he dicho.

Ya se han ido, gracias a la enfermera que los ha echado. Me pongo a leer la sección de montaña, donde vienen las bases del concurso.

Cojo una hoja. Cojo el bolí. Escribo... «Estaba harto. Nos limitábamos siempre a efectuar las mismas escaladas en repetidos lugares. Conocía...»